





100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100% del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

LÍNEAS FANTASMA

KATYA BALEN

Ilustraciones de Jill Calder
Traducción de Laura Naranjo Gutiérrez

e

errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2026

TÍTULO ORIGINAL: *Ghostlines*

Colección Los pequeños salvajes

© del texto, Katya Balen, 2024

This translation of *Ghostlines* is published
by arrangement with Bloomsbury Publishing Plc.

© de las ilustraciones, Jill Calder, 2024

© de la traducción, Laura Naranjo Gutiérrez, 2026

© Errata naturae editores, 2025

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 979-13-87597-30-6

DEPÓSITO LEGAL: M-2175-2026

CÓDIGO IBIC: YFB

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: Ayesha L. Rubio

MAQUETACIÓN: Jorge García Valcárcel

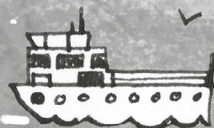
IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Para Ross Montgomery.
¡Sorpresa!

AL CONTINENTE



CASA DEL ÁRBOL

BARCO DE STRUAN



ISLA DE AYRIE



FERRI

CASA DE ALBIE

COLEGIO

¡FOCASI!

DUNAS

CASA DE TILDA

ISLA SECRETA

CUEVAS MARINAS



Lo veo el día en que todos se marchan y la isla comienza a respirar de nuevo.

Estoy en el muelle con Michael, esperando a que el ferri atraque. El viento viene cargado de sal y algas, y la cuerda, medio deshilachada, me quema las manos. Michael me la quita y la retuerce en unos nudos imposibles con los que se la ata a las manos huesudas y al poste. Me fijo bien para hacerlo yo la próxima vez, pero es tan diligente que pierdo la cuenta de las rápidas pasadas, las vueltas y los giros. Lleva haciendo este trabajo desde que tenía mi edad y ya debe de rondar los cien años. Una vez me dijo que se acuerda de cuando el mundo era en blanco y negro.

El barco se mece, cabecea. Como no le gusta que lo amarran, se rebela contra el mar y el viento y el cielo. Los visitantes, nerviosos, aguardan en el puerto mojado. Los hay que se han puesto verdes. Una mujer agarra su enorme mochila con tanta fuerza que sus manos son todo huesos y tendones. Garras de águila. Un hombre no para de tapar y destapar las



lentes de sus prismáticos con la mandíbula tan apretada que temo que se le rompan los dientes. El mar estaba calmo cuando llegaron. Como un plato. Ahora, la isla se ha hartado y los escupe a tierra rugiendo. El mar refunfuña, sé perfectamente cómo se siente. A mí tampoco me gusta mucho que venga gente, sobre todo desde el año pasado.

«¡Despejado!».

El grito, traído por el viento, se estrella en el suelo de piedra. Podría haber venido de cualquier otro sitio, pero viene del barco, y lo sé porque lo he oído mil veces y porque reconocería aquella voz aunque un huracán la hiciera añicos. En cuanto mi padre haya dejado en el continente¹ a los últimos visitantes, regresará a casa para quedarse todo el otoño y el invierno, hasta la primavera. Horas y días y semanas y meses. No volverá a perderse en el horizonte ni a fundirse con el cielo lejano como la tinta con el papel. Tan solo una vez a la semana para ir a por víveres. No veo el momento. Durante casi un segundo me creo que todo va a ser perfecto y que volveremos a estar juntos, hasta que me acuerdo de Rowan y el corazón me da un vuelco, como una piedra rebotando en el agua. La primera Temporada Silenciosa sin él. Será muy silenciosa.

¹ En el original en inglés aparece la palabra *mainland*, que es la forma tradicional con la que quienes viven en islas pequeñas de Escocia se refieren a Gran Bretaña, la isla principal del Reino Unido. En esta traducción la hemos vertido como «continente», porque es un uso habitual en español —en canciones, películas y libros—, aunque no se trate de un continente en sentido estricto. (Todas las notas son de la traductora).



Y entonces comienza la descarga. Struan y John acarrear unas cajas preciosas con dibujos de juguetes y ositos de peluche y bolsas y bolsas del pan de gambas favorito de la señora McCready y esos botes de champú tan elegantes que Eilidh compra para su poni pero que Flora está segura de que usa ella misma. Dice que a Eilidh le brilla demasiado el pelo como para usar ese mediocre que venden en el Co-op de la isla. Como las cajas y las bolsas se amontonan en el empedrado del muelle, las gaviotas empiezan a ponerse nerviosas. Miran a un lado y a otro y despliegan sus alas cenicientas. La gente se apresura a coger sus cosas antes de que lo desvalijen todo a plena luz del día. Nadie quiere arriesgarse a que se repita lo del Gran Robo del Pastel de Té de 2018. Corre el rumor de que una familia entera de gaviotas sigue viviendo de las rentas. Struan, blandiendo en el aire una lista que lleva en la mano, trata de poner orden, aunque nadie lo escucha. Los vecinos, que se conocen, saben perfectamente lo que han pedido los demás.

A la voz de uno de los hombres del puerto, el grupo de turistas, cargado con sus enormes mochilas, corretea hacia delante como una procesión de escarabajos. A continuación se oye otro grito y todos se paran y hay como un zumbido. El aire se me enreda en el pelo; me lo aparto de los ojos.

«¡Dos más por bajar!», exclama Michael a voz en cuello. Lo tengo tan cerca que me retumban los oídos y me parece haber entendido mal.



«Pero si nadie había ido al continente...», repongo. Él, por supuesto, me ignora, porque tiene cien años y cree que a los niños hay que verlos pero no oírlos. Seguro que se ha liado. Siempre dice cosas sin sentido. Una vez me contó que las focas eran, en realidad, mujeres con abrigos de pieles que querían atraerte al mar. Para mamá, Michael es un excéntrico, y para papá, un loco de remate. Y de verdad debe de haberse equivocado porque todos se marchan. La isla se cierra para los turistas. La temporada de los frailecillos está a punto de acabar. Quizá todavía quede algún rezagado por ahí, pero ayer fue la Noche del Vuelo y todo el mundo acudió a la costa y se apagaron las luces del puerto para que las crías no se confundieran y volaran hacia el *pub* en lugar de hacia la luna. Todo el mundo menos yo. Es la primera vez que me pierdo la Noche del Vuelo. Dije que me dolía la cabeza y mamá me dio Calpol y un abrazo y me quedé en la cama porque la palabra «frailecillo» ahora me sabe diferente. Antes me hacía sentir pequeñita, segura, especial. Ahora solo me recuerda a Rowan. Así que no quería pasarme la noche con los isleños ni con los visitantes viendo a las crías de los frailecillos lanzarse al vacío del cielo estrellado pensando en mi propio vacío.

El caso es que los frailecillos se han ido. Es la Temporada Silenciosa. Pasarán meses y meses hasta que alguien venga. Es la época en la que la isla está más bonita y salvaje y tranquila y en la que los que viven en el continente piensan que los que vivimos aquí estamos chiflados. No alcanzan a imaginar cómo



lidiamos con los cortes de electricidad y la falta de patatas fritas y las capas y capas de nieve y los vientos que te despellejan.

Nadie se ha molestado nunca en venir a comprobarlo.

Y entonces lo veo.

Una silueta recortada contra el cielo.

Un niño.

